

La reflexión y la cotidianidad¹

Yver Magdaleno Trinidad Gabriel
Universidad Veracruzana

Los avances tecno-científicos han cambiado los aspectos constitutivos de nuestro vivir y quien no se adapta rápidamente a ellos vive en la marginación de una sociedad que marcha sin un destino propio. En un tiempo donde creemos y afirmamos estar conectados los unos con los otros por medio de *redes* de comunicación no hay paso a la formación del individuo como tal. Todo lo contrario, las *redes* suponen un espacio donde cada uno cumple una función distinta que soporta el entramado humano, pero no es sino la novedad, la mismidad y el desenfreno de las diversas manifestaciones lo que nos llevan a un mismo punto: *el sinsentido*.

Ante tal escenario la filosofía guarda un carácter esencial que a mi parecer, puede salvar a eso que llamamos ser humano, que desde el horizonte de lo homogéneo (facebook, instgram, youtube, dispositivos móviles, etc.) se ha ido desvaneciendo. *La vida* se muestra en espacios virtuales y redes de comunicación, y en ese mostrarse la vida se desvanece, nos convertimos en referentes cuya narrativa nos ofrece una identidad digital. Pero, ¿de eso se trata la vida?, ¿es ahí donde la experiencia de la felicidad radica?, ¿es el espacio de las redes sociales en donde el ser humano se enriquece y desarrolla?

La filosofía salva a la humanidad. Y seguramente nos preguntamos de qué tiene que salvarla, y la respuesta resulta paradójica, pues requiere salvarla de ella misma –de la humanidad– y del ritmo vertiginoso que ha tomado, de la fragmentación del tiempo, dejándonos en un eterno *presentismo*. Por tanto, las formas en que asume dicho *presentismo* –vivencia del instante– en relación con las actividades del hogar, escuela, trabajo, e incluso el propio traslado de un lugar a otro, es visualizándose *online*.

La reflexión es el sendero más seguro para la supervivencia de lo humano, permitiendo una pausa al devenir temporal para dotar de sentido el existir cotidiano. Y es que el sujeto que reflexiona o filosofa, se convierte en un espectador, dedicándose a observar, a comprender y criticar el curso de lo habitual o cotidiano. Por ello, filosofar es desocuparse de la vida para meterse en ella, hundirse con su reflexión en la inmediatez de las cosas habituales, y así salvar a los hombres del *sinsentido*, de la existencia digital y del *presentismo* tan fugaz y precario para la formación de los individuos.

Aristóteles destaca que la filosofía consiste en una vida contemplativa (*bios theoretikos*), independizada de la cotidianidad en la que se encuentran los hombres, libre, autónoma, que justamente *por mor* de su libertad y de su autonomía, es capaz de pensar el *qué* de la vida misma. Si hoy día nos dejamos llevar por las ofertas que hay en el mercado solo estaríamos consumiendo lo que otros disponen al comprador, algo que otros han elaborado. Si seguimos esa lógica no realizaríamos ese esfuerzo por conseguir lo propio, lo que provenga de nuestras manos, de nuestras decisiones y nuestros propósitos. Y es por ello que ejercitar la reflexión nos puede llevar al sendero de la

¹ Artículo publicado en el Diario de Xalapa, el día 6 de Agosto de 2019.

invención del *sí mismo*, aquel donde la humanidad se humaniza, en el ejercicio propio de la libertad.



La reflexión y la cotidianidad

Los avances tecno-científicos han cambiado los aspectos constitutivos de nuestro vivir y quien no se adapta rápidamente a ellos vive en la marginación de un sociedad que marcha sin un destino propio.

En un tiempo donde creemos y afirmamos estar conectados los unos con los otros por medio de redes de comunicación no hay paso a la formación del individuo como tal. Todo lo contrario, las redes suponen un espacio donde cada uno cumple una función distinta que soporta el entramado humano, pero no es sino la novedad, la mismidad y el desenfreno de las diversas manifestaciones lo que nos llevan a un mismo punto: el sinsentido.

Ante tal escenario la filosofía guarda un carácter esencial que a mi parecer, puede salvar a eso que llamamos ser humano, que desde el horizonte de lo homogéneo (Facebook, Instagram, YouTube, dispositivos móviles, etcétera) se ha ido desvaneciendo. La vida se muestra en espacios virtuales y redes de comunicación, y en ese mostrarse la vida se desvanece, nos convertimos en referentes cuya narrativa nos ofrece una identidad digital. Pero, ¿de eso se trata la vida?, ¿es ahí donde la experiencia de la felicidad radica?, ¿es el espacio de las redes sociales en dónde el ser humano se enriquece y desarrolla?

La filosofía salva a la humanidad. Y seguramente nos preguntamos de qué tiene que salvarla, y la respuesta resulta paradójica, pues requiere salvarla de ella misma —de la humanidad— y del ritmo vertiginoso que ha tomado, de la fragmentación del tiempo, dejándonos en un eterno presentismo. Por tanto, las formas en que asume dicho presentismo —vivencia del instante— en relación con

las actividades del hogar, escuela, trabajo, e incluso el propio traslado de un lugar a otro, es visualizándose online.

La reflexión es el sendero más seguro para la supervivencia de lo humano, permitiendo una pausa al devenir temporal para dotar de sentido el existir cotidiano. Y es que el sujeto que reflexiona o filosofa se convierte en un espectador, dedicándose a observar, a comprender y criticar el curso de lo habitual o cotidiano. Por ello, filosofar es desocuparse de la vida para meterse en ella, hundirse con su reflexión en la inmediatez de las cosas habituales, y así salvar a los hombres del sinsentido, de la existencia digital y del presentismo tan fugaz y precario para la formación de los individuos.

Aristóteles destaca que la filosofía consiste en una vida contemplativa (*bios theoretikos*), independizada de la cotidianidad en la que se encuentran los hombres, libre, autónoma, que justamente por amor de su libertad y de su autonomía, es capaz de pensar el qué de la vida misma. Si hoy día nos dejamos llevar por las ofertas que hay en el mercado sólo estaríamos consumiendo lo que otros disponen al comprador, algo que otros han elaborado. Si seguimos esa lógica no realizaríamos ese esfuerzo por conseguir lo propio, lo que provenga de nuestras manos, de nuestras decisiones y nuestros propósitos. Y es por ello que ejercitar la reflexión nos puede llevar al sendero de la invención del *sí mismo*, aquel donde la humanidad se humaniza, en el ejercicio propio de la libertad.

